TURISMO EN CUBA

INVASION EN LA ISLA

De un tiempo a esta parte Cuba ha comenzado a ser asaltada por el turismo a gran escala. Para la mayoría de los viajeros este país se ha convertido en un breve sueño de vacaciones con playas de arena finísima, langostas asadas y mucho ron. Otros, en cambio, se largan a caminar por las ciudades para ver cosas, rostros, ademanes, evocar a Hemingway, a Carpentier o quizás develar algunos de los misterios de la famosa Isla del Tesoro.

Si usted llega al aeropuerto de La Habana y allí lo está esperando una de esas típicas combis para turistas, actúe con precaución. Si se deja vencer por la tentación o el cansancio del viaje, y permite que, sin más, lo suban, se encontrará a sí mismo escuchando cómo le han organizado sus cortas vacaciones hora a hora, minuto a minuto, segundo a segundo. Las combis tienen ventanillas diminutas y, Dios lo guarde de que le toque justo el asiento del medio: cuando vuelva al aeropuerto para tomar su vuelo de regreso, Cuba seguirá siendo un misterio. Como dijo el isleño Nicolás Guillén, a La Habana "la grandeza le viene de contar con lugares pequeños", y para descubrirlos hay que andar y andar. Provisto de un buen par de zapatillas, como todo turista de ley.

El hotel estará ubicado, seguramente, en la zona de El Vedado. Entonces, por qué no empezar por tomar un helado en *Coppelia,* esa heladería con forma de planetario porteño. Usted nunca vio una heladería igual. Encontrará al planetario elevado sobre una plaza que ocupa una manzana, donde el césped del parque ha sido reemplazado, para envidia de casi todos los visitantes, por Potus, de esos que crecen escuálidos en una macetita del living, pero que en el generoso clima tropical de la isla se desparraman por el suelo con hojas del tamaño de un plato. En la plaza, debajo del planetario, verá kiosquitos que también venden helados, por si alguien prefiere tomarlo en la tierra.

Y aquí viene la primera sorpresa: descubrirá largas colas en cada kiosco, y en la entrada del planetario. Pero no se asuste, después de unos días sabrá que La Habana es la ciudad de las largas colas y las pacientes esperas. Usted deberá sufrir, de pie, unos quince minutos —con suerte— para obtener el vale de su "ensalada" (tres gustos de helado, servidos en un plato), y otro tanto para tenerla entre sus manos. ¡Arriésguese!, pídala de frutas exóticas, mango o guayaba. Después, con el correr de sus vacaciones, la heladería resultará un imán, y alguien le contará que los cubanos suelen almorzar helados Coppelia, porque son baratos y muy nutritivos: pura leche y fruta.

Hablando de imanes... No pierda ni un minuto más y camine las cinco cuadras que lo separan del malecón. Ahí está, todito para usted, el Caribe, lamiendo eternamente la isla. Azul petróleo, verde azulado, blanco espumoso, perfume cautivante, el ritmo interminable que se convierte en una incógnita.

Bolso en mano, disfrute su segundo día en





la isla en las Playas del Este, las únicas que tiene cerca de La Habana. Tome una guagua (colectivo) hasta la terminal de trenes —sólo le costará dos medios, es decir, dos monedas de cinco centavos cubanos que deberá depositar en la ranura de una caja ubicada al lado del conductor, sin que nadie le dé boleto—. Ahí, súbase a la guagua 400, y en media hora llegará a Bacuranao, Mégano, Santa María o Guanabo. Cualquier playa que elija será de arena blanca y finísima. Dése el primer chapuzón y tiéndase a esperar que un apuesto bañero o una linda señorita se acerquen con alguna excusa. Si no tiene suerte, continúe con los chapuzones, que el agua es tibia y transparente como la del mejor club de Buenos Aires. Sumérjase y juegue a encontrar estrellas de mar, corales y pescaditos, y cuando salga, recuerde los insoportables vientos de las playas del sur a las que usted está acostumbrado. Mientras toma sol, puede entretenerse en curiosear a los turistas del norte: canadienses, austríacos, españoles, alemanes, todos a un paso de la isla y con el cambio a favor (no como usted). Sorpréndase también al verlos— mucho más desprejuiciados que nosotros, los señores— sacarse la mallita y ponerse sus ropas, cuando llega el momento de irse.

Después de un día de playa y una buena ducha, nada mejor que una cena autóctona. Pero antes, tómese en el bar del hotel su primer daiquirí, que Cuba sin ron no es Cuba. Deje el hotel, súbase a un turistaxi (los que se pagan en dólares), y dígale al conductor que lo lleve hasta la Bodeguita del Medio.

—Ahí iba Hemingway a tomar sus mojitos —será lo primero que le diga el taxista, porque los cubanos lo repiten hasta el cansancio—. A fines de la década del '40, se llamaba la Bodeguita de Martínez, el nombre de su dueño. Después, los intelectuales que visitaban la imprenta vecina comenzaron a reunirse allí, entre ellos Guillén, que le escribió una poesía, y corrigió en una de sus mesas las pruebas de su Elegía a Jesús Menéndez. En abril de 1950, sus asiduos pobladores decidieron cambiarle el nombre. Desde entonces, es la Bodeguita del Medio. Porque es la única bodega (y la Habana Vieja está llena de ellas) que está ubicada en el centro de una cuadra.

Es tanta la gente —cubanos y turistas— que visitan la Bodeguita diariamente y a cualquier hora, que los mojitos se toman hasta sentado en las veredas. Pero usted entre, revise cuidadosamente sus paredes estampadas de firmas y mensajes en los que medio mundo ha querido perpetuarse, y memorice los de los visitantes ilustres para contárselos a sus amigos.

Viva Cuba libre, Chile espera. Salvador Allende, junio 1961.

My Daiquiri in Floridita, my Mojito in Bodeguita. Ernest Hemingway.

Bodeguita tú quedas, yo paso. Leandro García, periodista cubano.

Lea la poesía de Guillén, y pregunte qué significa el curioso cartel de *Cargue con su pesao*. Cualquiera le contará la historia: el dibujante Luis Alonso llevó un amigo que se puso a discutir acaloradamente con los habitués, mientras en la Bodeguita todos vigilaban celosamente que se mantuvieran las buenas relaciones. Alguien le dijo, entonces: "¡carga con tu pesao!". Alonso dibujó el cartel y lo colgó.

Cuando logre sentarse a una mesa —después de la consabida espera y varios mojitos— pida *rollo de puerco*, que *revive a un muerto; moros y cristianos, mano a mano; yuca con su mojo, un antojo; plátanos chatinos, ¡divinos!;* y de postre, *buñuelos, como los hace la abuela.* Como acompañamiento, cerveza rubia o trigueña. Otro cartel le anunciará: *Le cobramos la comida, usted paga lo que bebe.*

Mientras cena —si es en el patio íntimo y centenario de la bodega y está bien acompañado, mucho mejor— déjese atrapar por la música sensual del Caribe que le regalarán tres hombres de guayabera, guitarra y maracas. "Qué dulce encanto tiene en mis recuerdos...", le dirán casi al oído. Cuando el hechizo se haya roto (como los males, no hay placer que dure cien años), mire a su alrededor. Descubrirá a la pareja francesa de la mesa de al lado, que parece ser el resumen de todos los turistas. Muchos mojitos encima, billetera abultada y el desparpajo de quien está fuera de casa. Los tres músicos le cantan a ella, que les coquetea ostensiblemente, y el alcohol apenas le permite a él bailar sobre su silla y fotografiar la parte de la escena de la que queda excluido. El cuadro se completa con otra pareja, cubanos ellos, que miran a los turistas con hastío y vergüenza ajena.

Gaste otras noches en saber qué se siente escuchando a *Pablito* (Milanés), o Santiago Feliú, en su tierra natal, y no en el Luna o en Ferro, que eso ya lo hizo varias veces. Y tan sólo por dos pesos cubanos (10 australes, más o menos). Teatro lleno para Pablo y canciones sobre los adolescentes isleños, que entusiasman hasta a las abuelas, que en el momento más exaltado del recital bailan fuera de sus butacas como el más joven. Espectáculo de entrecasa, con ambiente universitario y más crítico, para Santiago.

Dedique otro día a espiar La Habana Vieja. Camine por sus calles angostas y empedradas de la época de la colonia. Mire las vidrieras que parecen detenidas en el década del '40; asómbrese ante una farmacia que se conserva tal cual era a fines del siglo pasado, con sus frascos de jarabes y ungüentos legendarios. Tome un vaso de agua en la Casa del Agua La Tinaja, que proveía de líquido potable a los colonos; encuentre, finalmente un laverap pero con otro nombre, que también los hay.

Conocer la Habana Vieja es tarea que no tiene fin, pero no por eso desprecie El Vedado. Allí están, una al lado de la otra, las casas caribeñas de las novelas de Alejo Carpentier, azules, rojas, rosas. Son mansiones señoriales con balcones, galerías y jardines prolíferos, que hoy han sido subdivididas y ocupadas por más de una familia. Por las calles, se topará con los chicos que salen de las escuelas y compran un conito de cartón que contiene un líquido color naranja fosforescente. Dicen que es jugo de naranja, pero no les crea. Entre después en un supermercado y compruebe cómo se puede sobrevivir sin el show de las marcas. Sólo le parecerá un poco marrón y triste. Pase un fin de semana en Marina Hemingway (a sólo 15 kilómetros de la ciudad), mirando desde el balcón terraza de su aparthotel el fondo del mar y los canales preparados para turistas con yates (que, por supuesto, no es su caso). Almuerce un día en La Roca, donde lo atenderá un mozo altísimo con un traje negro aún más grande que él y varias mujeres blancas, negras y mulatas, todos bailando al compás de la música de tres guitarristas.

Cuando falten uno o dos días para partir, vaya a La Maison, la casa de la moda cubana, y si le queda algo de plata, cómprese un vestido de hilo repleto de alforcitas, o un traje de guayabera y pantalón. Gaste dólares en artesanías cubanas de colores brillantes, o en fotos de Fidel, Camilo o el Che. Visite, además, la tienda del barrio diplomático Miramar, donde sobran los chiches importados que le recordarán los mejores días de la época de la plata dulce. Compre ron, mucho ron.

El último día, despídase del Caribe desde el jardín del Hotel Nacional, donde Al Capone se reunía con sus amigos mafiosos. Desde el avión, mire, la isla. Recuerde, entonces, la canción de Pablo: "Amo esta isla, soy del Caribe".



Cuba a través de un cristal

Los jóvenes ya no se conforman con los clásicos tours en los que se recorre poco y se conoce menos, y las empresas de turismo no pueden desconocer esta realidad. Así, comenzaron a surgir propuestas como la de *Ventana* que, desde hace tres años, ofrece viajes grupales e individuales a Cuba con accesibles tarifas que cubren servicios básicos de traslado, alojamiento y —para que el turista acceda a la vida cotidiana de la isla— encuentros y reuniones sociales con jóvenes cubanos. El éxito de esta nueva forma de viajar, decidió a los responsables de *Ventana* a organizar visitas semejantes a México, la URSS, Europa y Estados Unidos.

Las razones de la isla

Es difícil explicar la fresca brisa matinal que sopla incluso en los días más calurosos de estío sobre las colinas que rodean La Habana. No es necesario explicar la posibilidad que se nos ofrece de criar gallos de pelea, adiestrarlos y participar en competencias dondequiera que se organicen, por tratarse de un asunto lícito. Es una de las razones de vivir en aquella isla.

Acaso no les guste la pelea de gallos.

Tampoco tiene uno que referir los extraordinarios y hermosos pájaros que se ven en la finca durante todo el año, las aves de paso que se detienen en ella y la codorniz que muy temprano va a beber agua en la superficie ondulada de la piscina, ni las distintas especies de lagartijas que viven y cazan en el emparrado al extremo de la piscina, ni las 18 clases de mangos que crecen en la ladera de la loma que se extiende hasta la casa. No debe uno hablar de nuestro equipo de pelota —no *softball*, sino pelota de verdad— donde todo aquel que pasa de los 40 puede tener a su disposición un muchacho que corra por él...

Se les contesta que uno vive en esta isla para ir a la ciudad no hace falta más que pon zapatos, porque se puede tapar con papel el del teléfono... y porque en el fresco de la ma trabaja mejor y con más comodidad que e quier otro sitio. Pero esto es un secreto sional.

Pero hay muchas más cosas que uno no d cir; y si ellos a su vez hablan de la pesca del s en el río Restigouche y de lo que cuesta p allí, pero sin mencionar demasiado el dine gastan, y si hablan bien y apasionadament esta pesca, entonces uno les explica que la principal de vivir en Cuba es el Gran Río A tres cuartos a una milla de profundidad y de millas de ancho; desde la puerta de la finca, vés de un hermoso paisaje, se tardan 45 minu ir allá, donde hay la mejor y más abundante que he visto en mi vida.

De una crónica sobre la corriente del Golf liday, *julio 1949.*

la isla en las Playas del Este, las únicas que tiene cerca de La Habana. Tome una guagua (colectivo) hasta la terminal de trenes —sólo le costará dos medios, es decir, dos monedas de cinco centavos cubanos que deberá depositar en la ranura de una caja ubicada al lado del conductor, sin que nadie le dé boleto—. Ahí, súbase a la guagua 400, y en media hora llegará a Bacuranao, Mégano, Santa María o Guanabo. Cualquier playa que elija será de arena blanca y finísima. Dése el primer chapuzón y tiéndase a esperar que un apuesto bañero o una linda señorita se acerquen con alguna excusa. Si no tiene suerte, continúe con los chapuzones, que el agua es tibia y transparente como la del mejor club de Buenos Aires. Sumérjase y juegue a encontrar estrellas de mar, corales y pescaditos, y cuando salga, recuerde los insoportables vientos de las playas del sur a las que usted está acostumbrado. Mientras toma sol, puede entretenerse en curiosear a los turistas del norte: canadienses, austríacos, españoles, alemanes, todos a un paso de la isla y con el cambio a favor (no como usted). Sorpréndase también al verlos— mucho más desprejuiciados que nosotros, los señores— sacarse la mallita y ponerse sus ropas, cuando llega el momento de irse.

Después de un día de playa y una buena ducha, nada mejor que una cena autóctona. Pero antes, tómese en el bar del hotel su primer daiquirí, que Cuba sin ron no es Cuba. Deje el hotel, súbase a un turistaxi (los que se pagan en dólares), y dígale al conductor que lo lleve hasta la Bodeguita del Medio.

—Ahí iba Hemingway a tomar sus mojitos —será lo primero que le diga el taxista, porque los cubanos lo repiten hasta el cansancio—. A fines de la década del '40, se llamaba la Bodeguita de Martínez, el nombre de su dueño. Después, los intelectuales que visitaban la imprenta vecina comenzaron a reunirse allí, entre ellos Guillén, que le escribió una poesía, y corrigió en una de sus mesas las pruebas de su Elegía a Jesús Menéndez. En abril de 1950, sus asiduos pobladores decidieron cambiarle el nombre. Desde entonces, es la Bodeguita del Medio. Porque es la única bodega (y la Habana Vieja está llena de ellas) que está ubicada en el centro de una cuadra.

Es tanta la gente —cubanos y turistas— que visitan la Bodeguita diariamente y a cualquier hora, que los mojitos se toman hasta sentado en las veredas. Pero usted entre, revise cuidadosamente sus paredes estampadas de firmas y mensajes en los que medio mundo ha querido perpetuarse, y memorice los de los visitantes ilustres para contárselos a sus amigos.

Viva Cuba libre, Chile espera. Salvador Allende, junio 1961.

My Daiquirí in Floridita, my Mojito in Bodeguita. Ernest Hemingway.

Bodeguita tú quedas, yo paso. Leandro García, periodista cubano.

Lea la poesía de Guillén, y pregunte qué significa el curioso cartel de *Cargue con su pesao*. Cualquiera le contará la historia: el dibujante Luis Alonso llevó un amigo que se puso a discutir acaloradamente con los habitués, mientras en la Bodeguita todos vigilaban celosamente que se mantuvieran las buenas relaciones. Alguien le dijo, entonces: "¡carga con tu pesao!". Alonso dibujó el cartel y lo colgó.

Cuando logre sentarse a una mesa —después de la consabida espera y varios mojitos— pida *rollo de puerco*, que *revive a un muerto; moros y cristianos, mano a mano; yuca con su mojo, un antojo; plátanos chatinos, ¡divinos!;* y de postre, *buñuelos, como los hace la abuela.* Como acompañamiento, cerveza rubia o trigueña. Otro cartel le anunciará: *Le cobramos la comida, usted paga lo que bebe.*

Mientras cena —si es en el patio íntimo y centenario de la bodega y está bien acompañado, mucho mejor— déjese atrapar por la música sensual del Caribe que le regalarán tres hombres de guayabera, guitarra y maracas. "Qué dulce encanto tiene en mis recuerdos...", le dirán casi al oído. Cuando el hechizo se haya roto (como los males, no hay placer que dure cien años), mire a su alrededor. Descubrirá a la pareja francesa de la mesa de al lado, que parece ser el resumen de todos los turistas. Muchos mojitos encima, billetera abultada y el desparpajo de quien está fuera de casa. Los tres músicos le cantan a ella, que les coquetea ostensiblemente, y el alcohol apenas le permite a él bailar sobre su silla y fotografiar la parte de la escena de la que queda excluido. El cuadro se completa con otra pareja, cubanos ellos, que miran a los turistas con hastío y vergüenza ajena.

Gaste otras noches en saber qué se siente escuchando a *Pablito* (Milanés), o Santiago Feliú, en su tierra natal, y no en el Luna o en Ferro, que eso ya lo hizo varias veces. Y tan sólo por dos pesos cubanos (10 australes, más o menos). Teatro lleno para Pablo y canciones sobre los adolescentes isleños, que entusiasman hasta a las abuelas, que en el momento más exaltado del recital bailan fuera de sus butacas como el más joven. Espectáculo de entrecasa, con ambiente universitario y más crítico, para Santiago.

Dedique otro día a espiar La Habana Vieja. Camine por sus calles angostas y empedradas de la época de la colonia. Mire las vidrieras que parecen detenidas en el década del '40; asómbrese ante una farmacia que se conserva tal cual era a fines del siglo pasado, con sus frascos de jarabes y ungüentos legendarios. Tome un vaso de agua en la Casa del Agua La Tinaja, que proveía de líquido potable a los colonos; encuentre, finalmente un laverap pero con otro nombre, que también los hay.

Conocer la Habana Vieja es tarea que no tiene fin, pero no por eso desprecie El Vedado. Allí están, una al lado de la otra, las casas caribeñas de las novelas de Alejo Carpentier, azules, rojas, rosas. Son mansiones señoriales con balcones, galerías y jardines prolíferos, que hoy han sido subdivididas y ocupadas por más de una familia. Por las calles, se topará con los chicos que salen de las escuelas y compran un conito de cartón que contiene un líquido color naranja fosforescente. Dicen que es jugo de naranja, pero no les crea. Entre después en un supermercado y compruebe cómo se puede sobrevivir sin el show de las marcas. Sólo le parecerá un poco marrón y triste. Pase un fin de semana en Marina Hemingway (a sólo 15 kilómetros de la ciudad), mirando desde el balcón terraza de su aparthotel el fondo del mar y los canales preparados para turistas con yates (que, por supuesto, no es su caso). Almuerce un día en La Roca, donde lo atenderá un mozo altísimo con un traje negro aún más grande que él y varias mujeres blancas, negras y mulatas, todos bailando al compás de la música de tres guitarristas.

Cuando falten uno o dos días para partir, vaya a La Maison, la casa de la moda cubana, y si le queda algo de plata, cómprese un vestido de hilo repleto de alforcitas, o un traje de guayabera y pantalón. Gaste dólares en artesanías cubanas de colores brillantes, o en fotos de Fidel, Camilo o el Che. Visite, además, la tienda del barrio diplomático Miramar; donde sobran los chiches importados que le recordarán los mejores días de la época de la plata dulce. Compre ron, mucho ron.

El último día, despídase del Caribe desde el jardín del Hotel Nacional, donde Al Capone se reunía con sus amigos mafiosos. Desde el avión, mire, la isla. Recuerde, entonces, la canción de Pablo: "Amo esta isla, soy del Caribe".



Cuba a través de un cristal

Los jóvenes ya no se conforman con los clásicos tours en los que se recorre poco y se conoce menos, y las empresas de turismo no pueden desconocer esta realidad. Así, comenzaron a surgir propuestas como la de *Ventana* que, desde hace tres años, ofrece viajes grupales e individuales a Cuba con accesibles tarifas que cubren servicios básicos de traslado, alojamiento y —para que el turista acceda a la vida cotidiana de la isla— encuentros y reuniones sociales con jóvenes cubanos. El éxito de esta nueva forma de viajar, decidió a los responsables de *Ventana* a organizar visitas semejantes a México, la URSS, Europa y Estados Unidos.

Las razones de la isla

Es difícil explicar la fresca brisa matinal que sopla incluso en los días más calurosos de estío sobre las colinas que rodean La Habana. No es necesario explicar la posibilidad que se nos ofrece de criar gallos de pelea, adiestrarlos y participar en competencias dondequiera que se organicen, por tratarse de un asunto lícito. Es una de las razones de vivir en aquella isla.

Acaso no les guste la pelea de gallos.

Tampoco tiene uno que referir los extraordinarios y hermosos pájaros que se ven en la finca durante todo el año, las aves de paso que se detienen en ella y la codorniz que muy temprano va a beber agua en la superficie ondulada de la piscina, ni las distintas especies de lagartijas que viven y cazan en el emparrado al extremo de la piscina, ni las 18 clases de mangos que crecen en la ladera de la loma que se extiende hasta la casa. No debe uno hablar de nuestro equipo de pelota —no *softball*, sino pelota de verdad— donde todo aquel que pasa de los 40 puede tener a su disposición un muchacho que corra por él...

Se les contesta que uno vive en esta isla porque para ir a la ciudad no hace falta más que ponerse los zapatos, porque se puede tapar con papel el timbre del teléfono... y porque en el fresco de la mañana se trabaja mejor y con más comodidad que en cualquier otro sitio. Pero esto es un secreto profesional.

Pero hay muchas más cosas que uno no debe decir; y si ellos a su vez hablan de la pesca del salmón en el río Restigouche y de lo que cuesta pescarlo allí, pero sin mencionar demasiado el dinero que gastan, y si hablan bien y apasionadamente sobre esta pesca, entonces uno les explica que la razón principal de vivir en Cuba es el Gran Río Azul, de tres cuartos a una milla de profundidad y de 60 a 80 millas de ancho; desde la puerta de la finca, y a través de un hermoso paisaje, se tardan 45 minutos en ir allá, donde hay la mejor y más abundante pesca que he visto en mi vida.

De una crónica sobre la corriente del Golfo, Holiday, *julio 1949*.

Estrategias

MANUAL PARA SOBREVIVIR EN LA HABANA

Si alguien imagina iniciar una gira al estilo Club Mediterranée, donde hasta el imprevisto está programado, mejor será que clausure sus fantasías y corrija su itinerario. Con Cuba, la clave está en la predisposición. Trepar al único vuelo semanal de Cubana —directo a La Habana— o, peor aún, sortear las diferentes etapas que exigen otras líneas, es predisponerse a canjear algunas de las comodidades convencionales por el ritmo caribeño, en las buenas y en las malas.

Llegado que hubo a La Habana, hasta sería aconsejable que dejara el reloj en la mesa de luz. Es fácil de comprobar por las calles que, de todas maneras, no es un accesorio demasiado frecuente. Su ausencia, sin embargo, es apenas una parte de la explicación de las arbitrariedades cubanas para los horarios.

Si se trata de un restaurante cinco camareros pueden estar de pie, en actitud contemplativa, por completo indiferentes a los jugos gástricos ajenos. Para las citas galantes, por contrapartida, parecen obsesivos suizos. Es, casi, una filosofía de vida. ¿Para qué apurarse, chico? A veces, la costumbre puede no ser simpática, pero habrá que hacer el esfuerzo de aprehender esa peculiar concepción del tiempo que, nunca como en Cuba, es tan relativo.

Para la hora del desayuno en el hotel son de una rigidez espartana. Ya puede suplicar el huésped una taza de café que si han dado las diez de la mañana el comedor es más inaccesible que Fort Knox. En varios kilómetros a la redonda el café será una obsesión inalcanzable sobre todo si se pretende obtenerlo en alguno de los diversos sitios, dentro y fuera del hotel, que informan que allí sirven café. Una mirada perpleja será toda la respuesta que obtenga el compungido trasnochador.

Siempre se puede ensayar calmar las ansiedades con una gaseosa importada, en lata, y unas galletitas inglesas en la tienda para extranjeros, pero es una salida poco honorable. Quizás optar por un daiquirí —disponible a toda hora— pero requiere una cierta educación alcohólica, por lo menos un par de días. Después se aprende rápido y se convierte en un tic amable. El truco más eficiente —descartada la absurda pretensión de levantarse a tiempo— es esperar que se reabra el comedor para el almuerzo y con la impavidez de quien lleva toda la mañana en pie, conseguir el reaparecido café.

Los viajes organizados incluyen media pensión que, con una coherencia admirable, consiste en una sucesión de comidas iguales a sí mismas y que, como en todo el Caribe, dan calor de sólo mirarlas.

Pero las veleidades gastronómicas se convierten rápidamente en una anécdota. Mientras incorporan uno a uno los infinitos platos del menú, que se pueden repetir cuantas veces se quiera, los viajeros ya están dedicados a intercambiar los asombros del día. "No se ve un solo chico abandonado". "La atención médica es impecable, y para todos." "La ropa es fea, pero por lo menos todos tienen zapatos." "La organización educativa da envidia."

Y está el Caribe, y el ron, y los poemas de amor que los hombres cubanos, desde el mozo del hotel hasta los funcionarios, son capaces de improvisar, convencidos por una efímera eternidad.

Si todo eso no basta para alejar los placeres de la mesa, cualquier lector, aunque sea de solapas, sabe de la pasión de Hemingway por Cuba y puede recitar la cartilla de las formidables borracheras del escritor en el "Floridita". Con algunos dólares, bastantes, se pueden colmar las ilusiones, bajo las propias barbas fotografiadas de "Papá Ernie" con toda clase de mariscos, de esos que la isla se ve obligada a destinar a la exportación. Para acompañar, mejor una cerveza o, claro, daiquirí. Los vinos rumanos o checoslovacos, o de algún origen aún más ignoto, pueden deteriorar la mejor de las langostas.

Al salir del Floridita, a media cuadra apenas, *La* librería. Todos los argentinos buscando pichinchas —los libros son baratísimos— y una serie de rarezas, no siempre imprescindibles. Pero ese libro, que salió hace un par de meses, es más que probable que esté agotado y se reedita poco. Ningún cubano será capaz de ayudar en la búsqueda del volumen codiciado. Cualquier foráneo, sabe, en cambio, indicar con certeza el camino hacia el Palacio de las Artesanías, reservado a los extranjeros. Una bella construcción de la época de los españoles y, rodeando un patio lleno de plantas, cada una de las habitaciones, una tienda. Allí, seguramente estará la obra perseguida. De paso, en el local *ad hoc*, toda la música que habrá que acarrear en discos —tan ineptos para las valijas— porque los casetes son altamente deficientes.

Si a esas alturas no se puso a llover, momento en que los taxis tienen tendencia a la desaparición, sobre todo si es la hora del teleteatro —ciertos ritos son sagrados— adentrarse en La Habana Vieja.

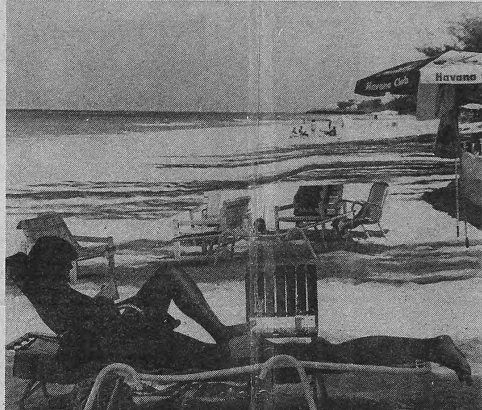
Un primer asombro, sobre todo para quien se teme suciedades al estilo del Quartier Latin, de París o San Telmo, sin ir más lejos: la pulcritud es pasmosa. A pesar de que en muchas zonas de La Habana Vieja todavía no hay agua corriente, y dependen del camión-cisterna.

Callecitas empedradas, plazas donde toda semilla que puede haber caído de casualidad se convirtió en frondosa planta y unos bracitos que no pueden ser. Mejor fotografiarlos que intentar tomar algo fresco. Siempre se puede reemplazar la bebida por las sonrisas de los parroquianos, dispuestos a la pronta amistad, a la alegría. ¿Es cierto que tu país es tan grande como dicen? ¿Los ingleses no les devolvieron las Malvinas? Y el cantito con que invocan "Argentina".

Si quedan tiempo y energías, no se puede obviar el museo donde está el *Granma* y el autito, diminuto hasta la emoción, en el que Fidel Castro hizo su entrada triunfal a La Habana.

Si, en cambio, los pies ya absorbieron toda la humedad del Mar Caribe habrá que vencer el misterio de los taxistas que pasan junto a los peatones con la mirada puesta en el horizonte, tomar uno por asalto y regresar al hotel para reponer fuerzas. La noche puede ser eterna.

Una noche que empieza con la cena, sigue con el baile y se continúa en los daiquirís. El malecón, y después.



El mar, cálido y verde invita a una pausa. Pero Cuba también tiene su encanto cuando se pone el sol, aquí en la playa.

Si alguien imagina iniciar una gira al estilo Club Mediterranée, donde hasta el imprevisto está programado, mejor será que clausure sus fantasías y corrija su itinerario. Con Cuba, la clave está en la predisposición. Trepar al único vuelo semanal de Cubana —directo a La Habana— o, peor aún, sortear las diferentes etapas que exigen otras líneas, es predisponerse a canjear algunas de las comodidades convencionales por el ritmo caribeño, en las buenas y en las malas.

Llegado que hubo a La Habana, hasta sería aconsejable que dejara el reloj en la mesa de luz. Es fácil de comprobar por las calles que, de todas maneras, no es un accesorio demasiado frecuente. Su ausencia, sin embargo, es apenas una parte de la explicación de las arbitrariedades cubanas para los horarios.

Si se trata de un restaurante cinco camareros pueden estar de pie, en actitud contemplativa, por completo indiferentes a los jugos gástricos ajenos. Para las citas galantes, por contrapartida, parecen obsesivos suizos. Es, casi, una filosofía de vida. ¿Para qué apurarse, chico? A veces, la costumbre puede no ser simpática, pero habrá que hacer el esfuerzo de aprehender esa peculiar concepción del tiempo que, nunca como en Cuba, es tan relativo.

Para la hora del desayuno en el hotel son de una rigidez espartana. Ya puede suplicar el huésped una taza de café que si han dado las diez de la mañana el comedor es más inaccesible que Fort Knox. En varios kilómetros a la redonda el café será una obsesión inalcanzable sobre todo si se pretende obtenerlo en alguno de los diversos sitios, dentro y fuera del hotel, que informan que allí sirven café. Una mirada perpleja será toda la respuesta que obtenga el compungido trasnochador.

Estrategias

MANUAL PARA SOBREVIVIR EN LA HABANA

Siempre se puede ensayar calmar las ansiedades con una gaseosa importada, en lata, y unas galletitas inglesas en la tienda para extranjeros, pero es una salida poco honorable. Quizás optar por un daiquiri —disponible a toda hora— pero requiere una cierta educación alcohólica, por lo menos un par de días. Después se aprende rápido y se convierte en un tic amable. El truco más eficiente —descartada la absurda pretensión de levantarse a tiempo— es esperar que se reabra el comedor para el almuerzo y con la impavidez de quien lleva toda la mañana en pie, conseguir el reaparecido café.

Los viajes organizados incluyen media pensión que, con una coherencia admirable, consiste en una sucesión de comidas iguales a sí mismas y que, como en todo el Caribe, dan calor de sólo mirarlas.

Pero las veleidades gastronómicas se convierten rápidamente en una anécdota. Mientras incorporan uno a uno los infinitos platos del menú, que se pueden repetir cuantas veces se quiera, los viajeros ya están dedicados a intercambiar los asombros del día. "No se ve un solo chico abandonado". "La atención médica es impecable, y para todos." "La ropa es fea, pero por lo menos todos tienen zapatos." "La organización educativa da envidia."

Y está el Caribe, y el ron, y los poemas de amor que los hombres cubanos, desde el mozo del hotel hasta los funcionarios, son capaces de improvisar, convencidos por una efímera eternidad.

Si todo eso no basta para alejar los placeres de la mesa, cualquier lector, aunque sea de solapas, sabe de la pasión de Hemingway por Cuba y puede recitar la cartilla de las formidables borracheras del escritor en el "Floridita". Con algunos dólares, bastantes, se pueden colmar las ilusiones, bajo las propias barbas fotografiadas de "Papá Ernie" con toda clase de mariscos, de esos que la isla se ve obligada a destinar a la exportación. Para acompañar, mejor una cerveza o, claro, daiquiri. Los vinos rumanos o checoslovacos, o de algún origen aún más ignoto, pueden deteriorar la mejor de las langostas.

Al salir del Floridita, a media cuadra apenas, *La* librería. Todos los argentinos buscando pichinchas —los libros son baratísimos— y una serie de rarezas, no siempre imprescindibles. Pero ese libro, que salió hace un par de meses, es más que probable que esté agotado y se reedita poco. Ningún cubano será capaz de ayudar en la búsqueda del volumen codiciado. Cualquier foráneo, sabe, en cambio, indicar con certeza el camino hacia el Palacio de las Artesanías, reservado a los extranjeros. Una bella construcción de la época de los españoles y, rodeando un patio lleno de plantas, cada una de las habitaciones, una tienda. Allí, seguramente estará la obra perseguida. De paso, en el local *ad hoc*, toda la música que habrá que acarrear en discos —tan ineptos para las valijas— porque los casetes son altamente deficientes.

Si a esas alturas no se puso a llover, momento en que los taxis tienen tendencia a la desaparición, sobre todo si es la hora del teleteatro —ciertos ritos son sagrados— adentrarse en La Habana Vieja.

Un primer asombro, sobre todo para quien se teme suciedades al estilo del Quartier Latin, de Paris o San Telmo, sin ir más lejos: la pulcritud es pasmosa. A pesar de que en muchas zonas de La Habana Vieja todavía no hay agua corriente, y dependen del camión-cisterna.

Callecitas empedradas, plazas donde toda semilla que puede haber caído de casualidad se convirtió en frondosa planta y unos bracitos que no pueden ser. Mejor fotografiarlos que intentar tomar algo fresco. Siempre se puede reemplazar la bebida por las sonrisas de los parroquianos, dispuestos a la pronta amistad, a la alegría. ¿Es cierto que tu país es tan grande como dicen? ¿Los ingleses no les devolvieron las Malvinas? Y el cantito con que invocan "Argentina".

Si quedan tiempo y energías, no se puede obviar el museo donde está el *Granma* y el autito, diminuto hasta la emoción, en el que Fidel Castro hizo su entrada triunfal a La Habana.

Si, en cambio, los pies ya absorbieron toda la humedad del Mar Caribe habrá que vencer el misterio de los taxistas que pasan junto a los peatones con la mirada puesta en el horizonte, tomar uno por asalto y regresar al hotel para reponer fuerzas. La noche puede ser eterna.

Una noche que empieza con la cena, sigue con el baile y se continúa en los daiquiris. El malecón, y después.



El mar, cálido y verde invita a una pausa. Pero Cuba también tiene su encanto cuando se pone el sol, aquí en la playa.



Santiago de Cuba, al pie de la Sierra Maestra: retrato de la historia colonial.

MAS ALLA DE LA HABANA

En el extremo occidental de Cuba, precisamente en la cola del caimán, está Pinar del Río, la ciudad que corona una de las regiones más hermosas de la isla. Pinar se encuentra rodeada de dos cadenas montañosas, la Sierra de los Organos y la del Rosario, entre las que se distinguen dos valles irrepetibles: San Vicente y Viñales.

Si a alguien se le antoja descansar, bañarse en aguas medicinales, hospedarse en un hotel confortable desde donde pueda dominar con la mirada los mogotes —formaciones geológicas extrañísimas que hacen alucinar castillos en ruinas y elefantes durmiendo— y las chozas de reminiscencias africanas que brotan entre palmeras, el lugar indicado es el hotel Los Jazmines, en el Valle de Viñales. Desde allí es posible trasladarse valle abajo, donde se alza el imponente Mural de la Prehistoria. El paisaje visto desde el valle sigue siendo increíble: los mogotes —la manada de paquidermos petrificados— son un espectáculo natural que produce vértigo. Allí se han hecho estudios geológicos que permitieron descubrir rastros de animales prehistóricos que vivieron en ese sitio hace ciento cincuenta millones de años. También se encontraron ammonites, unas bellísimas conchas petrificadas en los mármoles negros de la cordillera, que hace no menos tiempo eran el fondo de mares desaparecidos. Hay peces incrustados en las rocas, cuyas escamas conservan todavía la luminosidad de cuando nadaban en esas aguas prehistóricas. En una de las gigantescas paredes del Valle está el Mural, obra de Leovigildo González, en el que ha quedado plasmada la historia geológica de Cuba. Muy cerca, lo imprescindible: un gran quincho para encontrar sombra y saborear al mediodía un lechoncito con congrí, el arroz con porotos negros que acompaña toda comida cubana que se precie. De más está decir que tampoco aquí faltará un cubano que desenfunde su guitarra y le haga sentir a uno que, después de todo, el tango es una música decididamente triste. Desde Los Jazmines o La Ermita, el otro hotel que domina el Valle de Viñales, también se pueden visitar las grutas de la Sierra de los Organos. Son muchas, y forman parte ellas también del complejo geológico de la región. Están ubicadas en los intestinos de los mogotes, y se las recorre en bote. Estalactitas y estalagmitas forman rarísimas figuras a lo largo de muchos kilómetros interiores. Pero no todo es obra de la naturaleza. En la Caverna de Santo Tomás, por ejemplo, entre las rocas hay tallas prehistóricas cuyo desciframiento aún no se ha terminado.

La Isla del Tesoro

La Isla de los Pinos —o Isla de la Juventud, desde 1975— es la segunda en importancia en el conjunto de 4195 cayos e islotes que componen Cuba. Pero su verdadero nombre, el que ha quedado grabado en la historia universal, es el de Isla del Tesoro. Fue descubierta en 1494, por los españoles, pero nunca le dieron importancia. Durante los tres siglos que siguieron, la Isla del Tesoro fue el hogar de piratas de diferentes nacionalidades, y desde allí saltaban a saquear las incipientes ciudades de Cuba y a interceptar barcos que llevaban oro a España. Corsarios franceses, ingleses, portugueses y españoles se constituyeron en amos y señores de la Isla, y algunos de ellos ascendieron luego a almirantes o caballeros de las flamentes potencias europeas, como John Hawkins, Francis Drake o Henry Morgan. Otros piratas con menos suerte fueron Davis, el Olonés, o Roc, el Brasiliano, conocido por su crueldad con los lugareños y por su afición desmedida por el ron. También Pata de Palo —Cornelis Cornelizoon Jol— vivió en los bosques de la isla. El último pirata legendario fue Pepe el Mallorquín, que ocupó el territorio en 1822. Luego, la Isla de los Pinos fue famosa por el penal al que los sucesivos gobiernos cubanos enviaban a los indeseables. Fue antes de ser encarcelado allí, que Fidel pronunció en 1953 su famosa "la historia me absolverá". Hoy, la Isla de la Juventud es famosa por sus plantaciones de cítricos, en las que trabajan jóvenes de todo el mundo. Hay, por supuesto, un Museo de la Piratería, aunque el mayor atractivo lo constituye un excepcional centro de buceo.

Al pie de la imponente Sierra Maestra está Santiago de Cuba, la segunda ciudad en importancia de la Isla. A pesar de las bellezas naturales que encierra, el mayor atractivo de Santiago es histórico. Fue fundada en 1514 por Don Diego Velázquez, cuya casa aún se conserva intacta, igual que las callecitas angostas y empinadas de la época colonial. Después de innumerables saqueos, la ciudad fue incendiada en 1662 por los corsarios ingleses y luego reconstruida. En la etapa independentista, Santiago fue el epicentro de la sucesivas revueltas que culminaron con la guerra emancipadora de 1868. En el cementerio de Santa Ifigenia descansa José Martí, máximo héroe cubano, en cuyo mausoleo, como él alguna vez pidió, siempre hay flores blancas y el sol penetra durante todo el día. En Santa Ifigenia flamean muchísimas banderas cubanas: son las que hacen honor a los muertos en los combates de la Sierra Maestra, durante la dictadura de Batista. En el centro de la ciudad está el ex cuartel Moncada, hoy escuela, que exhibe todavía los rastros del frustrado asalto que comandó Fidel Castro en 1953. Uno de los museos que los cubanos se enorgullecen de mostrar a quien lo desee, es la Granjita Siboney: una casita roja y blanca que albergó a los rebeldes en los días previos al asalto del Moncada.

